

www.elboomeran.com

MAX BEERBOHM

EL FARSANTE FELIZ

UN CUENTO DE HADAS
PARA HOMBRES CANSADOS

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MATÍAS GODOY

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O

www.elboomeran.com

TÍTULO ORIGINAL *The Happy Hypocrite*

Publicado por

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© Herederos de Max Beerbohm.

Publicado con el permiso de Berlin Associates Ltd.

© de la traducción, 2012 by Matías Godoy Ronderos

© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S. A. U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S. A. U.

ISBN: 978-84-15277-75-0

DEPÓSITO LEGAL: B. 9153-2012

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

Se cuenta que de todos los que alguna vez formaron parte de la festiva corte del Regente ninguno fue tan perverso como Lord George Hell. No merece la pena incomodar a los pequeños lectores con una lista completa de sus perversiones. Basta que sepan que era voraz, destructivo y rebelde. Me temo que es completamente cierto que se quedaba en la Casa Carlton hasta altas horas de la noche, entretenido en juegos de azar, y comiendo y bebiendo más de la cuenta. Su debilidad por la ropa elegante era tal que entre semana iba tan atildado como los parroquianos el domingo. Tenía treinta y cinco años y sus padres se avergonzaban de él.

Pero quizá lo peor de todo era el mal ejemplo que daba a los demás. Nunca, nunca se preocupó por disimular su perfidia, de modo que al cabo del tiempo todo el mundo supo lo monstruoso que era. Es más, creo que se enorgullecía de su monstruosidad. En su notable *Contemporary Bucks* [Personajes contemporáneos], el Ca-

pitán Tarleton sugiere que el innegable candor de Lord George, tomado como virtud, debería bastarnos para perdonar, si no todas, algunas de sus abominaciones. Sin embargo, por mucho que lamentemente contradecir a un autor fallecido, sostengo que el candor es encomiable sólo cuando revela acciones o sentimientos buenos, y despreciable en cambio cuando revela perfidia.

Bien es cierto que al final de sus días Lord George había expiado todas sus faltas, y que lo hizo con la mayor discreción. La razón de su repentina e inesperada desaparición de la esfera social que tanto frecuentó y que un día abandonó del todo, es el tema de las líneas que siguen. Creo que una vez concluido el relato, mis pequeños lectores estarán en condiciones de reconsiderar cualquier juicio negativo que sobre él se hayan formado prematuramente y, por qué no, de cambiarlo. Dejo a Lord George en sus manos. Pero mi defensa no se basará en aquel candor que algunos de sus amigos tanto admiraron. Sí, siempre ha habido hombres tan cobardes o caprichosos como para tomar por virtud la posesión de un título nobiliario y la carencia absoluta de escrúpulos. «Aquí está George Hell—solían decir—. ¡Qué malvado parece!». *Noblesse oblige*, como habréis oído de-

cir, y por eso un aristócrata jamás debe descuidar su buena fama. La maldad anónima es inofensiva.

Me complace señalar que no pocos eran inmunes al embrujo de su título y reprochaban su conducta con tal severidad que al verlo entrar en el salón enfilaban hacia la puerta para luego vigilarlo minuciosamente a través del ojo de la cerradura. Cuando lo encontraban en sus paseos matutinos por Piccadilly, cambiaban de acera en masa dejándolo en compañía de sus secuaces, en lo que todavía suele llamarse el lado «oscuro». Pero a Lord George—σχέτλιος [cruel]—tales demostraciones lo tenían sin cuidado. En efecto, parecía haberse insensibilizado del todo y cuando las jóvenes se alzaban la falda al pasar, apenas si ojeaba sus tobillos.

Agradezco no haberlo conocido. Dicen que era como un Calígula con aire de sir John Falstaff y que a veces, en las mañanas de invierno en la calle St. James, los niños interrumpían su cháchara y aterrizados buscaban las faldas de sus niñeras al ver acercarse a aquel hombre (¡un viejo grande y aterrador!), con el viento del este alborotando el pelo de las mangas y el cuello de su abrigo y de su gorro de castor, y acentuando aún más el rojo de sus mofletes encarnados. En las guarderías lo

llamaban el «Rey Malvado», y cuando los niños cometían alguna travesura, las niñeras los amenazaban diciendo que aquel monstruo aparecería en la chimenea o el armario, y así conseguían que volvieran a «comportarse». De modo que, como podéis apreciar, incluso los más canallas son instrumentos del bien en manos de las niñeras.

Cierto es que Lord George no fumaba—una virtud pasiva y debida, me temo, tan sólo a la moda de la época—, pero la lista de sus cualidades termina abruptamente ahí. Sentía un amor insaciable por la ciudad y sus placeres, mientras que las influencias ennoblecedoras de nuestros lagos ingleses le eran del todo desconocidas. Se preciaba de no haber visto una margarita en veinte años y alguna vez se refirió al campo como un «paraíso de ilusos». Londres era el único punto señalado en su mapa mental. Londres satisfacía hasta el último de sus deseos. ¿No os parece extraordinario que jamás haya pasado una sola tarde, ni siquiera una tarde veraniega, en Follard Chase, aquella encantadora mansión en Herts que le ganó a los dados a sir Follard Follard en el Boodle's cuando apenas contaba diecisiete años? Siempre cínico y antipático, se había negado a darle la revancha al arruinado noble. Siempre odioso e insolente, le

había ofrecido alojamiento en la portería, oferta que fue aceptada tras vacilar un poco. «Os juro que el cargo es una sinecura—explicaba Lord George—: ni siquiera tiene que abrirme el portón».¹ De modo que la herrumbre se fue comiendo la imponente verja de hierro y el musgo fue ocultando los senderos de Follard Chase. Los venados merodeaban por los jardines, las flores silvestres brotaban por doquier, y al fondo del pequeño pozo de piedra, entre las algas y los nenúfares, yacía el fauno de mármol tal como había caído.

De todos los pecados de Lord George, el abandono de Follard Chase parece el más mezquino, sobre todo considerando, según se rumoraba, que lo había ganado con trampa, usando dados trucados, cosa que nunca se molestó en negar. En efecto, no había un jugador más tramposo en toda la calle St. James. Y como era rico y no tenía esposa ni hijos que mantener, y su suerte era siempre tan favorable, no encuentro forma de excusar su conducta. Una vez, en la Casa Carlton, en presencia de obispos y ministros, tuvo la arrogancia de reclamarle al Regente cinco mil guineas que le ha-

¹ *Lord Coleraine's Correspondence*, p. 101.

bía sonsacado vilmente algunos meses atrás, y se atrevió a declarar que no se marcharía hasta cobrar. En respuesta, con el fino tacto que lo había hecho famoso, el Regente lo invitó a quedarse como su huésped, a lo que Lord George accedió, quedándose allí durante meses. Dicho esto, apenas sorprende leer que «rara vez empezaba una partida del célebre juego del Limbo con *menos de siete ases* bajo la manga». ¹ Lo que resulta increíble es que lo invitaran a la mesa.

Solía iniciar sus correrías nocturnas en el Garble's, ese punto de encuentro de truhanes y pícaros con título nobiliario. Se paseaba por el jardín iluminado del brazo de la Gambogi, la bailarina, y un báquico séquito a sus espaldas, luciendo un traje georgiano el cual, por supuesto, no era entonces tan elegante como ahora. ² De vez en cuando, intercalaba en su repugnante discurso algún

¹ *Contemporary Bucks*, vol. I, p. 73.

² Sin embargo, parece que Lord George de vez en cuando se permitía usar extraños atuendos. «Lo he visto—dice el Capitán Tarleton (vol. I, p. 69)—vestido de marinero, o como un payaso francés o con el calzón bombacho escarlata que llevan los sicilianos, *peu beau spectacle* [espectáculo poco bello]. Pero siempre llevaba la cara descubierta, cualquiera que fuese la indumentaria».